

## 3 años

¡TE ODIÓ!

**H**abía dos piscinas en el edificio de Cristina, una amiga de larga data de mi madre. Una grande, para los adultos, y otra más pequeña, para los niños. Hacia allá íbamos, mamá y yo, cuando nos daba pereza atravesar el túnel para ir a la playa. Guardo hermosos recuerdos de los sábados y domingos que pasé riendo y arrojando agua hacia arriba, infinitamente feliz por estar en aquella clorada inmensidad azul. Como los niños se hacen amigos de otros niños en cuestión de segundos, hice varias amiguitas, pero pronto surgió una amistad que parecía más sólida que las otras. Su nombre era Mariana. Jugábamos juntas y nos entregábamos a la diversión hasta la hora de partir, con los dedos arrugados y un llanto dramático y chantajista que dedicábamos a nuestras respectivas madres con la esperanza de podernos quedar un poco más *bajo* el sol.

Cuando somos niños decimos las cosas sin pudor, cosas que jamás los adultos dirían, y creo que eso es lo maravilloso de ser niño. Era una típica mañana de verano carioca: en plenas vacaciones, a finales de enero, el cielo azul sin nubes y varias personas nadando y divirtiéndose. Mari y yo nos quedábamos, claro, en la piscina infantil y, aquel día, ella había llevado una regadera, además de los juguetes que siempre cargaba para nuestras tardes soleadas. Yo, si no me falla la memoria, traía

.....¿EN SERIO, AMIGA?!

una cubeta, muñequitos coloridos y ese gusano gigante que ayuda a flotar.

Jugábamos felices cuando ella sugirió que regásemos la cubeta.

–No quiero.

–¿Por qué no?

–Porque no. Me parece tonto. Riégala tú sola, Mari.

–Sola no quiero regarla.

–Entonces no la riegues. ¿A qué podemos jugar?

–A nada. ¡Yo quiero regar la cubeta!

–¡No voy a regar ninguna cubeta! ¡Se riegan las plantas, no las cubetas! ¡Ob-vio!

–¡Ven a regar conmigo!

–¡No voy!

–¡¡Mamááá!! –gritó como para que todo el barrio la escuchase–. María de Lourdes no quiere jugar conmigo.

A lo que Alzira, la pelirroja musculosa que vendría a ser la madre de Mari, respondió, sin prestar ninguna atención al drama de la hija:

–Juega a otra cosa, entonces.

Pero la niña no estaba para otros juegos y pronunció una frase –que ningún adulto jamás diría a otro– mirándome a la cara, bien a los ojos:

–Te odio.

Me quedé estupefacta. ¿Me odiaba solo porque yo no quería participar en un juego tonto de regar una cubeta? ¡Ah, ¿en serio?! ¡Qué niña más rencorosa!

El hecho es que, desde pequeña, nunca supe quedarme callada frente a estas insolencias y reaccioné de forma madura, segura, con otra frase que sacudiría sus noventa centímetros de estatura:

–Yo también te odio. ¡¡Te oodio!!

–¿Por qué me odias? –quiso saber ella.

–Porque eres aburrida, solo te gusta jugar a cosas aburridas –justifiqué mi agresión.

–Aburrida eres tú. ¡Má! ¡María de Lourdes me dijo aburrida!

–¡María de Lourdes! ¡Sé educada, Mari es tu amiguita, las amiguitas no se pelean! –me regañó mi madre, sin dar mucha importancia a la discusión infantil, ya que estaba conversando animadamente con Alzira y Cristina.

–¡Ella empezó!

–No me interesa quién empezó. ¡Esto se termina ahora! –decretó mamá, sin una pizca de paciencia, desde la hamaca.

No pasaron ni cinco segundos y Mari, por lo visto, dejó de odiarme.

–María de Lourdes, ¿vamos a jugar a otra cosa, entonces?

–Ok.

–Ven aquí, déjame hacer que flotes.

Ella me recostó, apoyó mi cabeza en el flotador y comenzó a deslizarme por la piscina. Me gustó mucho. Pero, para mí, nuestra discusión acuática aún no había terminado.

–¡Ah, Mari! Me olvidé de decirte que también te odio porque no me devuelves los juguetes que te presto.

–¡Má! ¡María de Lourdes me acusó de *robona*!

–¡Es ladrona, Mariana! ¡La-dro-na! –corrigió mi madre.

–Te voy a ahorcar, María de Lourdes –avisó, mientras comenzaba a enrollar el flotador alrededor de mi cuello.

–Mariana, eso no es correcto, esa broma no está nada bien. ¡María de Lourdes es tu amiga! Y ella es tan buena contigo...

–¡Ella no es buena, mamá! María de Lourdes es aburrida –retrucó Mari.

–¡No me gusta que me llamen María de Lourdes! ¡Por eso la que no es buena aquí eres tú, Mariana! –reaccioné, casi sin aliento.

.....¿EN SERIO, AMIGA?!.....

–¡Pero es tu nombre! –argumentó Mari, dejando de lado su instinto asesino.

–Lo sé, pero odio mi nombre.

–¿Cómo quieres que te llame?

–Malu.

–Lindo. Está bien, Malu. Hecho. ¿Puedes llamarme Alfreda, entonces?

–¿Alfreda? ¿Por qué?

–Porque me gusta, lo encuentro mucho más bonito que Mariana.

–Ah, eso es cierto –coincidí.

Ese era apenas el comienzo de la jornada. Me peleé e hice las paces con Alfreda miles de veces más y acordamos volver a encontrarnos el próximo fin de semana. Y yo juré que, el domingo siguiente, ayudaría a mi amiga de la piscina a... ¡guau!, jugar a regar la cubeta.